

EL OBJETO DEL *PISTEUEIN* CRISTIANO EN LAS EPISTOLAS PAULINAS

Por JOAQUIN ADURIZ, S. I. (San Miguel)

La estructura de la fe en S. Pablo es función del *mysterion*, a cuya revelación responde. Dicho en otras palabras, el objeto del *pisteuein* del creyente es el *mysterion* revelado. "A Aquel que tiene el poder de solidificaros conforme a mi evangelio y al *kerygma* de Jesucristo conforme a la revelación de mi misterio (*apokalipsis mysteriou*) guardado en silencio durante los tiempos eternos, y hoy en cambio hecho patente y puesto en conocimiento de todas las naciones, según el mandato del Dios eterno por las Escrituras que lo predicen, a fin de llevarlas a la obediencia de la fe (*eis ypakoén tes pisteos*)... (Rom. 16, 25-26). *Apokalipsis mysteriou* e *ypakoén pisteos* se articulan entre sí como interpelación y réplica en el diálogo. En virtud de esta correlación el análisis del contenido del *mysterion* nos introducirá en el objeto de la *pistis*¹.

Estudiaremos ante todo, las descripciones directas que nos presentan las epístolas paulinas del *mysterion*. Agregaremos a continuación el contenido del *euangélion* cuyo *kerygma* vehicula la revelación del *mysterion*. Y en último término consideraremos los textos en que se especifica concretamente el hecho salvífico al que se endereza la acción de creer.

¹ Esta "doxología" colocada al fin de la Epístola por la mayor parte de los testigos, se encuentra trasladada por otros al fin del cap. 14 o 15. Algunos pocos la omiten. En todo caso, la conexión explícitamente indicada en ella entre *apokalypsis* divina y *pistis*, está equivalentemente señalada en otros textos: gracias a la *apokalypsis Zeou* tenemos nosotros el *noûn Christou*, que es la *pistis* iluminando la vida (1 Cor. 2, 9-17); el *euangelidsaszi* a que corresponde la *pistis* es *photisai tis e oikonomía tou mysteriou* (Ef. 3, 8-12; Col. 1, 23.26-27).

El término *ypakoé* para designar la aceptación de la fe aparece frecuentemente en Rom. y 2 Cor.: Rom. 1, 5; 6, 16; 15, 18; 16, 19; 16, 26. 2 Cor. 7, 15; 10, 5-6. La definición de esa *ypakoé religiosa* está claramente dada en este último texto: el apóstol tiene como misión "reducir a cautividad todo pensamiento *eis tén ypakoén tou Xristou*". Cfr. Kittel *Theol. Wört.* I, p. 225 (Kittel).

1. — Revelación del misterio para la obediencia de la fe.

La palabra *mysterion* presenta diferentes matices en las epístolas de S. Pablo. *Mysteria Zeou* (1 Cor. 4, 1) se llaman "todos los medios de gracia, doctrina y sacramentos, dados por Dios para el nacimiento y desenvolvimiento de la vida cristiana"²; *mysteria* (1 Cor. 13, 2) las revelaciones particulares de que es favorecido el poseedor de conocimientos carismáticos, o lo que dice el glosolalo hablando en espíritu (1 Cor. 14, 1-2); *mysterion* (1 Cor. 15, 51) lo que una revelación especial ha hecho conocer a Pablo sobre la manera de la resurrección final, o el simbolismo sagrado encerrado en el matrimonio (Ef. 5,32); *to mysterion tes anomias* (2 Tes. 2, 7) el desarrollo invisible de la actividad diabólica en el mundo.

Junto a todas estas acepciones que podríamos llamar menores, hay otra primordial en el vocabulario paulino. Es cuando el término *mysterion* alude a un secreto estrechamente vinculado con la sabiduría de Dios y la salvación de los hombres.

Una serie de textos temática y literariamente aparentados, definen el sentido de ese *mysterion*.

Es un secreto callado en el silencio de la eternidad (Rom. 16, 25) oculto por siglos y generaciones (Col. 1, 26; Ef. 3, 5) es la intimidad del Dios Creador (Ef. 3, 9); desconocido para los mismos Principados y Potestades en los cielos (Ef. 3, 10); revelado³ por primera vez a los hombres "ahora" en la Nueva Economía (Rom. 16, 26; Ef. 3, 5; Col. 1, 27) y a través de ellos a los seres celestiales (Ef. 3, 10).

En la base de esa revelación hay una libre iniciativa de Dios. El

² J. HUBY, *Première Epître aux Corinthiens*, p. 118. Sobre el *mysterion* paulino cfr. D. DEDEN, *Le "mystère" paulinien*, en *Ephem. Theol. Lovan.* XIII (1936), pp. 405-442; J. A. ROBINSON, *St. Paul's Epistle to the Ephesians*, pp. 234-240; *Kittel Theol. Wört.* IV, pp. 809-834 (Bornkamm); T. K. ABBOT, *Ephesians and Colossians*, pp. 15-17.

La noción es de origen judío "comme il ressort de la notion même attachée au terme *mystère*, du contenu du *mystère* par excellence et du vocabulaire connexe". D. DEDEN, o. c., p. 441.

³ S. Pablo designa la manifestación divina del *mysterion*, con el verbo *apokalypso*, o el correspondiente sustantivo *apokalypsis*. Al llamar a la fe Dios *apekalyptose* su *mysterion* (1 Cor. 2, 10; Rom. 16, 25); el desarrollo de la fe recibida es también fruto de una *apokalypsis* (Fil. 3, 15; Ef. 1, 17); el conocimiento del *mysterion* que hace al apóstol capaz de su anuncio, se logra mediante otra *apokalypsis* (Ef. 3, 3.5). *Phaneroûn* es el término que designa la revelación natural en Rom. 1, 19. Para el estudio de *apokalypso* y términos conexos cfr. *Kittel Theol. Wört.* III, pp. 565-597 (Oepke); D. DEDEN, *Le "mystère" paulinien*, pp. 415-417; J. DUPONT, *Gnosis*, pp. 187-201.

es quien revela el *mysterion* a sus santos (1 Cor. 2, 7-10), por soberana decisión (Rom. 16, 26), por pura benevolencia (Ef. 1, 9), porque es su voluntad hacerlo conocer (Col. 1, 27).

El secreto contenido en el *mysterion* se define igualmente por una libre decisión de Dios vagamente relacionada en la Epístola a los Romanos con el llamado de los Gentiles a la fe (Rom. 16, 26-27). En la Epístola a los Colosenses la referencia se precisa declarando que "las riquezas de la gloria del misterio en los Gentiles, es Cristo en ellos, esperanza de gloria" (1, 27). Todavía más explícita es la Epístola a los Efesios: el misterio es que "los Gentiles son coherederos y concorporales y coparticipes de la promesa en Cristo Jesús" (3, 6). También la desconcertante economía elegida para la salvación del pueblo de Israel forma parte del secreto divino (Rom. 11, 25-36).

En fórmulas más lacónicas pero no menos ricas, el *mysterion* se define por "buena nueva" (*euangélion*: Ef. 6, 19; 3, 8-9; Rom. 16, 25; Col. 1, 23-29); por la Iglesia, en la que se revela a los Príncipes y potestades celestiales la multiforme sabiduría de Dios (Ef. 9, 10); por Cristo (Col. 2, 2; 1 Tim. 3, 16); por el "recapitular de todas las cosas, celestes y terrestres en el solo Cristo" (Ef. 1, 10).

Estos datos esparcidos en diferentes pasajes podrían sintetizarse así. Desde la eternidad Dios tenía escondida en su intimidad una voluntad secreta.

"Ahora" —en el *nyn* que señala el umbral de la Nueva Economía en Cristo— la ha manifestado a los hombres, exigiendo de ellos en retorno la "obediencia de la fe".

El objeto de esa voluntad secreta es un proyecto de salvación paradójico e insospechable, que la sabiduría divina diseñó dentro del horizonte delimitado por Cristo (*en tô Xristô Iesoû*: Ef. 3, 11) y que realizado por la Redención y la Iglesia constituye el contenido del *kérygma* apostólico⁴.

Y ese secreto proyecto es que desde los siglos eternos quiere Dios unificar, armonizar, plenificar sintéticamente toda la dispersa multi-

⁴ Para expresar la notificación que los apóstoles hacen del misterio encontramos "*phaneroûn*: Rom. 16, 26; Col. 1, 27; Ef. 1, 9; 3, 5; 3, 10; *photidsein*: Ef. 3, 9 (cfr. 1 Cor. 4, 5) et enfin le terme le plus vulgaire *laleîn*: 1 Cor. 2, 7, cfr. 3, 1". D. DEDEN, *Le "mystère" paulinien*, p. 419; cfr. *ibid.* pp. 419-420. Habría que agregar "*keryssein*" y "*martyreîn*": cfr. J. ADÚRIZ, *El martyron apostólico en las Epístolas paulinas*, Ciencia y Fe, XIV (1958), pp. 265-266.

plicidad de las cosas en el viviente equilibrio del centro sobre el que fueron creadas que es Cristo⁵. En su verdadero sentido —el sentido que lo anima desde el “principio”— las partes del universo se jerarquizan en relación a Cristo. El río de existencia y de vida que en los seis días primordiales brotó de los labios creadores, la tela de la historia tejida con el hilo de los destinos humanos y el hilo de las intervenciones divinas, el azar aparente con que libertades y necesidades juegan en el tablero de las situaciones, todo se apoya en Cristo y en El acaba su círculo con justeza perfecta. Así como en Cristo trazó Dios su diseño creador, así sólo en Cristo quiere terminarlo con el tiempo.

La intención generatriz de ese plan es la salvación de los hombres en Cristo: “Todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente y el futuro: todo es vuestro. Y vosotros sois de Cristo. Y Cristo es de Dios” (1 Cor. 3, 22-23). Cada uno de nosotros tiene a su servicio todo lo natural y lo sobrenatural: “y sabemos que con los que lo aman, Dios colabora en todo para su bien, con los que ha llamado de acuerdo a su designio” (Rom. 8, 28). Pero no por eso nos fragmentamos en una oposición de egoísmos: todos coincidimos en el centro de unidad que es Cristo, fraternalmente asemejados en la reproducción de su imagen: “predestinados a configurararnos con la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito de muchos hermanos” (Rom. 8, 29). Y en Cristo, mediador único entre Dios y los hombres, frontera de lo humano y lo divino, nos encontramos con Dios (1 Tim. 2, 4-7; Cfr. 1 Cor. 15, 20-28).

Todos los hombres, cada hombre, entra personalmente en este plan (1 Tim. 2, 4). La dicotomía Pueblo-Gentiles que escindía religiosamente la masa de los hombres, se reduce también en Cristo: “Ya no hay distinción entre el Judío y el Heleno” (Rom. 10, 12). Anteriormente los Gentiles estaban “sin Cristo, excluidos de la estructura social de Israel, extraños a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2, 12). Pero “ahora, en Cristo Jesús los que un tiempo estaban lejos, han sido puestos cerca por virtud de la sangre de Cristo. Porque El es nuestra paz, El que de dos cosas ha

⁵ Este parece el sentido del verbo *anakephalaíoo*. Para la exégesis de este término cfr. J. HUBY, *Les Epîtres de la Captivité*, pp. 163-166; J. A. ROBINSON, *St. Paul's Epistle to the Ephesians*, pp. 32-33; *Kittel Theol. Wört.* III, pp. 681-682 (Schlier).

hecho una eliminando la enemistad —muro divisorio que las separaba— al destruir en su carne la ley de los mandamientos...” (Ef. 2, 13-16). En pie de igualdad con los Israelitas, los Gentiles serán en adelante “coherederos, concorporales y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús” (Ef. 3, 6), porque también “en ellos está Cristo” (Col. 1, 27) sin discriminación alguna⁶.

El objeto del misterio es así “el plan divino de la salvación y los bienes prometidos por Dios a los que serán salvados”⁷. Soteriológico y escatológico al mismo tiempo, el misterio abarca la órbita entera de la salvación, definida en concreto por Cristo muerto y resucitado, constituido así en principio de vida para la humanidad y en centro de equilibrio para el cosmos.

Por eso se puede decir en concreto que su contenido es Cristo (1 Tim., Col.), o la Iglesia (Ef.), o el Evangelio (Ef., Rom., Col.).

Es Cristo: porque la actuación del plan de salvación no es sino el efecto de la fuerza vital que brotando de Cristo Resucitado anima a la Iglesia (Ef. 2, 5-6). En cada momento y en cada punto del espacio se ejerce el influjo de su Muerte y de su Resurrección, y mediante ese influjo Dios reconcilia consigo el mundo (1 Cor. 15, 12-28; 45-49; 2 Cor. 5, 19-21, etc.)⁸.

Es la Iglesia: porque ella es el *pléroma* de Cristo, lo plenificado por Cristo, “la zona en que se ejerce la potencia de vida y santificación de aquel que ‘plenifica’ en santidad todo en todos (Ef. 1, 23)...”; “la zona de expansión de la vida divina que pasa por Cristo”⁹. Ella es su *soma*: “nace de la influencia santificadora de Cristo, como el cuerpo humano se desenvuelve bajo la acción del principio vital... El cuerpo de Cristo manifiesta la actividad espiritual de Cristo elevado en gloria; la Iglesia, identificada con este cuerpo glorioso, es la realización de esta misma actividad”¹⁰.

⁶ Para un desarrollo detallado de este tema cfr. L. CERFAUX, *La Théologie de l'Eglise*, pp. 3-55; pp. 229-237.

⁷ D. DEDEN, *Le “mystère” paulinien*, p. 422.

⁸ Cfr. J. BONSIRVEN, *Théologie du NT*, pp. 299-305.

⁹ La fórmula es de L. CERFAUX, *La Théologie de l'Eglise*, p. 246. Para el sentido del término *pléroma*, cfr. *ibid.* pp. 244-247; J. BONSIRVEN, *Théologie du NT*, pp. 336-337.

¹⁰ Otra fórmula de L. CERFAUX, *La Théologie de l'Eglise*, pp. 257-258. Para el concepto de la Iglesia *sóma Xristoú*, *ibid.*, pp. 201-218; 247-260; J. BONSIRVEN, *L'Évangile de Paul*, pp. 214-247; el mismo, *Théologie du NT*, pp. 329-346; M. MEINERTZ, *Théologie des NT*, pp. 155-161.

Es el Evangelio: porque "la buena nueva" no es otra cosa que el anuncio del designio divino realizado en Cristo, muerto y resucitado (1 Cor. 1, 1-9).

2. — La fe del evangelio.

La equivalencia entre *apokálypsis mysterioun* y *euangélion*, nos proporciona otro punto de vista sobre el objeto de la fe.

Una serie de fórmulas colocan "al evangelio" en el término de la fe. En Fil. 1, 27, la fe aparece determinada por "el evangelio" como genitivo objetivo: *e pistis tou euangéliou*. En Col. 1, 23, "permanecer en la fe, cimentados y consolidados" es "no dejarse mover de la esperanza *tou euangéliou*, que habéis oído". En Rom. 10, 12-18, la fe — *pístis ex akoés* — aparece en correspondencia con la predicación de los "evangelistas": a los apóstoles se aplican las palabras de Isaías "bienaventurados los pies de los que evangelizan buenas nuevas", y el pecado del que no cree se califica de "desobediencia al evangelio". Asimismo en 2 Tes. 1,8, la infidelidad es "no obedecer al evangelio". Según Ef. 1, 13, lo que creyeron los neófitos es "el evangelio de nuestra salvación". Los Tesalonicenses aceptaron el *logon akoés tou Zeou* transmitido por Pablo (1 Tes. 2, 13), "el evangelio con que Dios los llamó para hacerles adquirir la gloria de Nuestro Señor Jesucristo", "las tradiciones de que han sido instruidos por Pablo de viva voz o por carta" (2 Tes. 2, 13-15). El apostolado de Pablo ordenado a la *hypakoé pisteos* de los Gentiles, se define por el anuncio del evangelio de Dios (Rom. 1, 1.5; 15, 16.18).

Lo que Pablo anunció a los Tesalonicenses es "el evangelio de Dios": "Quisiéramos compartir con vosotros no sólo el evangelio de Dios (*to euangélion tou Zeou*), sino también nuestra misma alma (1 Tes. 2,8). Es también "la palabra del Señor (*logos tou Kyriou*): que "se difundió" a partir de Tesalónica (1 Tes. 1,8) y que las oraciones de los fieles deben obtener que "corra y se ponga luminosamente de manifiesto" en otras partes como entre ellos (2 Tes. 3,1). "Evangelio de Dios" y "palabra del Señor" porque el *kérygma* anunciado por Pablo no es palabra suya sino palabra de Dios mismo: "Por esto también nosotros damos gracias a Dios sin cesar, porque habiendo recibido de mis labios la palabra del anuncio de Dios, la habéis recibido no como palabra de hombres, sino como es en realidad: cual

palabra de Dios" (1 Tes. 2, 13; cfr. Fil. 1, 14; 2 Tim. 2, 9; 1 Cor. 14, 36; 2 Cor. 2, 17; 4, 2; Col. 1, 25; Tit. 1, 3; 2, 5); los Tesalonicenses son en realidad *zeodidaktoi* (Tes. 4, 9).

El Evangelio es en sentido riguroso, mensaje de Dios, manifestación de su pensamiento hecha por El mismo; el Apóstol es solamente un instrumento de esta manifestación, un "embajador" y un "testigo".¹¹

Dos textos de Romanos insisten en la misma idea.

"Pablo siervo de Cristo Jesús, llamado a ser Apóstol, elegido para anunciar el "evangelio de Dios", el que había prometido mediante sus profetas en las santas Escrituras, referente a su Hijo nacido de la estirpe de David según la carne, constituido por potencia Hijo de Dios según el Espíritu de santidad a raíz de la resurrección de entre los muertos, Jesucristo Nuestro Señor..." (Rom. 1, 1-4).

"Me he animado a escribiros con cierta audacia, porque no hago más que recordaros lo que ya sabéis, y obedecer a la gracia que Dios me dió de ser liturgo de Cristo Jesús entre los gentiles, desempeñando la función sagrada del *evangelio de Dios*, a fin de que la oblación de los gentiles santificada por el Espíritu Santo sea hecha agradable. Por esto me tomo esta libertad en Cristo Jesús para servicio de Dios. Porque cierto no me animaría a hablar de cosas que Cristo no hubiera obrado por mí para hacer obedecer a los gentiles a la fe, de palabra y de obra, con la fuerza de milagros y prodigios y el poder del Espíritu Santo. Desde Jerusalén hasta la Iliria, en todas direcciones he predicado plenamente el *evangelio de Cristo*, pero me he preciado siempre de evangelizar sólo donde Cristo no había sido todavía anunciado, para no edificar sobre cimiento ajeno..." (Rom. 15, 15-20).

La misión del apóstol es anunciar el "evangelio de Dios", es decir la buena nueva que Dios había prometido en las Escrituras y que había plenamente manifestado en su Hijo nacido de la estirpe de David y revelado en el esplendor de su vivificante divinidad por medio de la resurrección (Rom. 1, 1-4). También es misión apostólica el ser liturgo de Cristo, desempeñando la misión sagrada del "evangelio de

¹¹ La función del apóstol en la evangelización ha sido bien expuesta por J. MOURoux, *Remarques sur la foi dans S. Paul.* en *Revue Apologétique*, LXV (1937), pp. 130-136. Cfr. también *Kittel Theol. Wört.* II, pp. 705-735 —*euangelídsomai* y términos conexos— (Friedrich).

Dios”, la buena nueva cuyo anuncio le confiara Dios y cuyo contenido es Cristo (“evangelio de Cristo”) (15, 15-20).

De este origen divino brota la intangibilidad del contenido evangélico.

“Somos fragancia de Cristo —fragancia exhalada para honor de Dios— en medio de los que se salvan y en medio de los que se pierden... Y ¿quién es apto para tamaña misión? Nosotros, pues no somos como otros muchos que adulteran la palabra de Dios, sino que hablamos en Cristo movidos por Dios y delante de Dios como quien habla con absoluta genuinidad” (2 Cor. 2, 15-17).

Cristo se anuncia verdaderamente —es su fragancia auténtica la que se esparce— cuando se habla “movido por Dios”, comunicando “la palabra de Dios”: cuando el hombre portador del mensaje transmite sin mistificaciones el pensamiento de Dios.

“Me maravillo que tan rápidamente paséis del que os ha llamado en la gracia de Cristo a otro *evangelio* distinto. No que exista otro evangelio; existen solamente gentes que os perturban y que quieren pervertir *el evangelio de Cristo*. Pero aunque nosotros mismos o un ángel del cielo os *anunciase un evangelio* distinto del *evangelio* que os hemos anunciado, sea anatema. Lo que hace tiempo os dijimos, lo repito ahora: si alguno os *anunciase un evangelio* diverso del que habéis recibido en tradición, sea anatema... Porque yo os declaro, hermanos, que el evangelio que he evangelizado no es según un hombre: no lo he recibido en tradición de un hombre, ni un hombre me lo enseñó, sino la revelación de Jesucristo. Cuando agradó al que me eligió desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia para revelar a su Hijo en mí, a fin de que yo lo *anunciase en evangelio* a los gentiles... (Gal. 1, 6-17).

Dios ha elegido a Pablo para anunciar el Evangelio. Para eso “le revela a su Hijo”: esa “revelación de Jesucristo” es la que enseña a Pablo lo que debe anunciar, porque Cristo revelado —Cristo en la gloria de su resurrección— es el contenido de la buena nueva que Dios quiere comunicar a los gentiles por medio de la predicación de su enviado. El “evangelio de Cristo” que Pablo anuncia es así no *katá ánzropon*: es la buena nueva que Dios mismo manifiesta. La alusión a la vocación de los grandes profetas encerrada en el versículo 15 — “cuando agradó al que me llamó desde el vientre de mi madre y me

llamó...” (cfr. Is. 49, 1; Jer. 1, 5) — pone aun más de relieve la divinidad del mensaje: como los profetas eran portadores, no de una concepción personal religiosa, sino de un mensaje del Señor, así Pablo no pregona una doctrina suya sino la buena nueva que Dios anuncia a los hombres. Nadie puede en consecuencia añadir ni quitar nada de ese evangelio, ni siquiera el mismo que lo difunde, ni siquiera las más excelsa criaturas, porque no es una palabra creada: es la Palabra sagrada de Dios.

El “evangelio de Dios” es al mismo tiempo “evangelio de Cristo” (Gal 1, 7; Rom. 15, 20). Cristo es el contenido de la buena nueva que tiene su origen en Dios. Diversas fórmulas repiten la misma afirmación: el señorío de Cristo patente en su resurrección es “la palabra de la fe que predicamos” (Rom. 10, 8-9); la doctrina que los Colosenses han recibido y que debe fructificar en la vida es “la palabra de Cristo” (Col. 3, 16); el evangelio es “predicar a Cristo” (Fil. 1, 12, 15, 18), la fe brota de la *akoé* que se obtiene mediante la palabra de Cristo (Rom. 10, 1) contenida en la predicación apostólica (cfr. *ibid.* 10, 14-17); la predicación sincera y decidida del Evangelio es “no avergonzarse del testimonio (*martyrion*) del Señor nuestro” (2 Tim. 1, 8; cfr. 2, 1-22; 1 Cor. 1, 6).

En la Primera Epístola a los Corintios, cap. 15, es donde el contenido de este “evangelio” se desenvuelve en toda su plenitud. El evangelio que Pablo evangelizó a los Corintios, que los Corintios recibieron en tradición, en el que permanecen firmes, por el que reciben la salvación y que todavía retienen si su adhesión a Cristo por la fe no ha sido vana, es una tradición que Pablo transmite después de haberla recibido él mismo. Y esa tradición es que “Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que fué visto por Cefas y luego por los doce; después fué visto de una vez por más de 500 hermanos, de los cuales algunos murieron, muchos aun viven; después fué visto por Santiago, luego por todos los Apóstoles...” (vv. 1-9).

Esto es lo que con Pablo transmiten todos los apóstoles al unísono, y lo que desde el principio debe creer el cristiano (v. 11).

La resurrección de Cristo forma el centro de ese evangelio.

La predicación apostólica y la fe de los cristianos no tienen sentido sino en relación a ella: "Si Cristo no resucitó, sin contenido se nuestra predicación y sin contenido es vuestra fe".

Sin contenido y mentirosa —sacrilegamente mentirosa— es la predicación apostólica, porque "testifica en nombre de Dios que El resucitó a Cristo, a quien en realidad no resucitó si es que los muertos no resucitan".

Sin contenido y vana la fe de los cristianos "porque si Cristo no resucitó todavía están en sus pecados... Y en consecuencia los que murieron en Cristo perecieron" (cfr. vv. 12-19).

El evangelio hace que "en esta vida esperemos sólo en Cristo"; si Cristo no resucitó, esta esperanza nos convierte en "los más miserables de todos los hombres" (vv. 19; 29-35).

Con la resurrección de Cristo va concretamente unida con el evangelio nuestra propia resurrección.

La resurrección del pecado y junto con ella la resurrección física: la convivificación gloriosa de los fieles con Cristo (vv. 7-18). "Si no se da resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó" (v. 13). "Cristo ya ha sido despertado de entre los muertos como primicia de todos los que duermen todavía" (v. 20). De la no resurrección de los fieles se arguiría la no resurrección Cristo; de la resurrección de Cristo se concluye la resurrección cierta de los muertos: Cristo resucitado y los fieles con El conresucitados forman una totalidad completamente indivisible. El es la primicia de la cosecha triunfal que se recogerá en el último día, cuando la muerte, "el último enemigo", sea vencida, y Cristo, "el Hijo", sujete en sí todas las cosas a Dios (vv. 24-28). "Porque por un hombre hay muerte y por un hombre hay resurrección de los muertos. Y así como en Adán todos mueren, así en Cristo serán todos vivificados": Cristo es el "nuevo Adán" hecho "espíritu vivificante", aquel cuya imagen ha de reemplazar en nosotros a la del "primer Adán" (vv. 45-46; v. 49; cfr. también Rom. 8, 9-11). Dios nos ha dado la victoria por medio de Nuestro Señor Jesucristo (v. 57); si esa victoria en nosotros fuese una quimera, querría decir que en Cristo nunca tuvo lugar. Porque en Cristo se ordenaba esencialmente a nosotros¹².

¹² Cfr. J. HUBY, *Première Epître aux Corinthiens*, pp. 369-375.

Con la noción de evangelio se vincula estrechamente la de *alézeia* como objeto de fe¹³.

La 2 Tes. 2, 10-17 habla de los que perecen porque no recibieron en sí la *agápe tes alezéias* que los hubiera salvado, los *me pisteúsantes te alézeia*. En castigo, Dios los abandona a merced de una "potencia de error" que los inducirá a *pisteuein tô pséudei*. En cambio los fieles han sido elegidos por Dios como "primicias de salvación" en santificación de espíritu y *pistei alezéias*. Esa *pistis* responde a la predicación del evangelio hecho por Pablo (*dia tou euangelíou emou*). En el contexto la equivalencia entre *euangélion* y *alézeia* es diáfana (cfr. también Rom. 2, 8).

Idéntica equivalencia se descubre en otras citas.

El *euangélion tes soterías* es al mismo tiempo *logos tes alezéias* (Ef. 1, 13).

"Oyendo vuestra fe en Cristo Jesús y la caridad que tenéis para con todos los santos, mirando a la esperanza que os está reservada en los cielos —la esperanza que os ha sido enseñada en *tô logo tes alezéias tou euangelíou tou paróntos eis ymás*— y que en el mundo entero fructifica y crece como lo hace entre vosotros desde el día en que oísteis y conocísteis la gracia de Dios en *alezéia*, gracias a las enseñanzas de Epafras..." (Col. 1, 4-7).

El cuidado de Timoteo ha de ser mostrarse ante Dios como irreprehensible trabajador "predicando cual conviene *ton logon tes alezéias*" (2 Tim. 2, 15; cfr. también 2 Cor. 6, 7).

El matiz específico señalado por *alézeia* cuando se asimila a *euangélion* salta a la vista en los pasos donde se trata una cuestión doctrinal. Entonces *alézeia* subraya la pureza no mistificada del Evangelio. Es la traducción del *emet* antiguo testamentario tomado en sentido objetivo: el *logos alezéias* corresponde a las "*palabras emet*" del libro de los Prov., y sobre todo al *emet*, verdad religiosa (Dan. 8, 12; 9, 13-14) y al *emet* del Profeta en la trasmisión de su mensaje (Jer. 23, 25-28; 26, 11-15; 28, 8-9; Dan. 10, 1; 11, 2; 1 Reg. 17, 24). La epístola a los Gal. (2, 5-14; 5, 7), Ef. (4, 21) y sobre todo las Pastorales (1 Tim. 2, 7; 4, 3; 6, 5; 2 Tim. 2, 18; 3, 8; 4, 4; Tit. 1, 4) nos proporcionan los pasajes más característicos. Las luchas doctrinales llevan a

¹³ Sobre *alézeia* cfr. Kittel *Theol. Wört.* I, pp. 239-251 (Bultmann).

Pablo a poner de relieve que en la estructura de la fe es esencial la afirmación dogmática.

3 - "Los que creen en Aquél que resucitó a Jesús el Señor"

La estructura de la fe es función del misterio a cuya revelación responde. Dicho en otras palabras, el objeto de la afirmación del creyente es el misterio revelado: el plan salvífico de Dios hecho patente en Cristo y en la Iglesia, el evangelio anunciado por el *kérygma* de los apóstoles.

El análisis de los diversos términos que apone Pablo al verbo *pisteuein* precisa y prolonga esta conclusión¹⁴.

Una primera serie de fórmulas se organizan alrededor del tema de la resurrección de Cristo.

El texto central se encuentra en Rom. 10, 8-13. La perícopa expone un resumen de lo esencial que la predicación apostólica propone a la fe del creyente: "la palabra de la fe que predicamos" (v. 8). Esa "palabra de la fe" se concentra en la resurrección de Cristo, designada en el texto con dos expresiones distintas: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor (*Kyrion Iesoûn*) y creyeres con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado" (v. 9). Por simetría con el texto del Deuteronomio que abre el pasaje — "cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón" (v. 8) — "boca" y "corazón" desdoblan conceptualmente en dos mitades el complejo unitario de la fe del creyente: protestación cultural externa (*omológēsai*) y adhesión personal íntima (*pistéuein*). Pero la unidad se conserva en el objeto real de la "confesión" y de la "fe". Lo que se "confiesa con la boca" es el "Señorío de Jesús", fórmula arcaica en que la comunidad primitiva resumía el hecho histórico y el sentido

¹⁴ Para el tema de este apartado se puede consultar E. WISSMANN, *Das Verhältnis von Pistis und Christusfrömmigkeit bei Paulus*, pp. 56-68; *Kittel Theol. Wört., pisteúo*, VI, pp. 209-224 (Bultmann).

Para el sentido de la Resurrección del Señor: L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*; J. SCHMITT, *Jésus ressuscité dans la prédication apostolique*; F. X. DURRWELL, *La résurrection de Jésus, mystère de salut* (2ª ed. 1954); y en una síntesis apretada S. LYONNET, *La valeur sotériologique de la résurrection du Christ selon Saint Paul* en *Gregorianum*, XXXIX (1958), pp. 295-318. En ese mismo artículo, otras referencias p. 295, nota 4.

de la resurrección de Cristo¹⁵. Lo que se "cree con el corazón" es la obra de Dios resucitando a Jesús de entre los muertos. "Señorío de Jesús", "Resurrección de Jesús": un mismo hecho caracterizado por dos de sus aspectos: la manifestación esplendente de la divinidad del Señor Jesús (objeto del culto), y la concreta realización histórica de esa glorificación (objeto de la adhesión personal). El objeto del *pistéuein* salvífico es Dios resucitando a Cristo, y por su resurrección manifestando su divina mesianidad.

La idea se repite en un conjunto de textos convergentes.

"...consepultados con El en el bautismo; conresucitados en El por la fe en la potencia de Dios que lo resucitó de entre los muertos (*diá tés pisteos tés energías toû Zeoû toû egéirantos autón ek nekron*). A vosotros que estabais muertos a causa de vuestros pecados y del prepucio de vuestra carne, os convivió con El perdonando todos vuestros delitos, borrando el autógrafo de la deuda que os era contrario..." (Col. 2, 12-14).

"Para que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación iluminando los ojos de vuestro corazón con su conocimiento, para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, cuál la riqueza de gloria que comporta su herencia en los santos, y cuál la inconmensurable magnitud de su potencia para con nosotros los que creemos, según el paradigma manifestado en la energía omnipotente que ejercitó en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad... Y todo lo puso bajo sus pies, y lo dió como cabeza sobre todas las cosas, a la Iglesia que es su cuerpo, el *pléroma* del que todo lo plenifica bajo todo punto de vista" (Ef. 1, 17-23).

No sólo a Abraham, a nosotros también la fe se nos reputará a justicia, a los que "creemos en el que resucitó de entre los muertos a Jesucristo Nuestro Señor, entregado por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificación" (Rom. 4, 24-25).

La *pistis e pros ton Zeón* de los Tesalonicenses, que por todas partes se ha divulgado, consiste en que "se convirtieron de los ídolos a

¹⁵ Cfr. por ejemplo A.A. 2, 22-33.

Ver L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, pp. 345-361; J. SCHMITT, *Jésus ressuscité dans la prédication apostolique*, pp. 175-216; *ibid.*, p. 69 sobre la interpretación de este versículo.

Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar del cielo a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, Jesús que nos libró de la ira inminente" (1 Tes. 1, 8-10).¹⁶

Pablo lo ha sacrificado todo y todo lo ha considerado como inmundicia "para ganar a Cristo y ser encontrado en El como poseyendo no mi justicia, la justicia que viene de la Ley, sino la que se obtiene, *diá pisteos Xristou*, la justicia que procede de Dios y se funda *epi te pistei*: conociéndole a El y al sentido pleno de la resurrección y a la participación en sus sufrimientos, configurándome a su muerte a fin de llegar, si puedo, a la resurrección de entre los muertos" (Fil. 3, 8-11).

"Teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: 'Crefí, por eso hablé', también nosotros creemos y por eso también hablamos sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también a nosotros nos resucitará con Jesús y nos hará estar con vosotros..." (2 Cor. 4, 13-14).

"Si hemos muerto con Cristo, creemos también que conviviremos con El, sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere más: la muerte ya no tiene señorío sobre El. Porque muriendo, murió al pecado de una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios. Así también vosotros consideraos como muertos para el pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús..." (Rom. 6, 8-11).

"No queremos que vosotros, hermanos, ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que no tienen esperanza. Nosotros creemos que Jesús murió y resucitó:

¹⁶ E. WISSMANN, *Das Verhältnis von Pistis und Christusfrömmigkeit bei Paulus*, p. 49 opina que en este pasaje Pablo habla simplemente de una fe en el Dios "vivo y verdadero" en oposición a los ídolos, una fe monoteísta en oposición al politeísmo pagano. Los vv. 9-10, que explican el contenido de la fe de los Tesalonicenses, muestra claramente que la *pistis e pros tón Zeón* no es una mera profesión de monoteísmo, sino una profesión monoteísta en conexión estrecha con la resurrección de Cristo. La mera profesión de monoteísmo no es fe para S. Pablo; los judíos celosamente monoteístas son para él *apistoi*, porque no admiten a Cristo: cfr. Rom. 11, 20-23; 3, 3. Pablo mismo antes de su conversión obraba en *apistia*: 1 Tim. 1, 13. Los judíos débiles que no creen que Cristo es el fin de la ley son *apistoi*: Tit. 1, 15. Cfr. Kittel *Theol. Wört.*, VI, p. 209 (Bultmann): "Tatsächlich verkündigt ja dieurchristliche Mission den Glauben an Christus zugleich mit dem Glauben an den einen Gott, zu dem sich die Heiden, von den "Götzen" sich abkehrend, bekehren sollen. So wird die Bekehrung der Thessalonicher I Th. 1, 8 als ihre *pistis pros ton Zeón* bezeichnet; und dieser Ausdruck erhält seine Erläuterung v. 9: *pós epestrép-sate etc.*"

así también Dios a los muertos por Jesús los reunirá con El..." (1 Tes. 4, 13-14).

Todas estas citas coinciden en subrayar algunos elementos centrales en el significado de la resurrección del Señor como objeto de fe.

La resurrección de Cristo es un hecho "teologal": comienza y termina en Dios; su agente principal y su fin es Dios. Dios resucita a Jesús (Col. 2, 12; Rom. 4, 24; 2 Cor. 4, 14; 1 Tes. 1, 9-10); Dios conresucita a los fieles con Cristo (Col. 2, 12-13; 2 Cor. 4, 14; 1 Tes. 4, 14); Cristo y los hombres con El conresucitados viven su vida nueva para Dios (Rom. 6, 10).

En la conresurrección de los fieles, Cristo es el Mediador esencial: su muerte y su resurrección son el hecho radical en función del cual y por reducción al cual, surge y se explica la vida nueva de los fieles "convivificados" (Col.), "convivientes" (Rom.), "conresucitados" (Col., 2 Cor.), y que con El serán "conllevados" (1 Tes.). El vive su vida específica "en Cristo" resucitado: "Consideraos como muertos para el pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús" (Rom. 6, 11).¹⁷

Correspondientemente, nuestra restauración total —muerte al pecado, vivificación espiritual, resurrección corporal— constituye la finalidad divina que orienta la muerte y la resurrección de Cristo. Al entregar a Cristo y al resucitarlo, por identidad concreta Dios conresucitaba incoativamente a todos los fieles con El: "creemos en el que resucitó de entre los muertos a Jesucristo Nuestro Señor, entregado por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificación" (Rom. 4, 24-25).

La fe que "se reputa a justicia" (Rom. 4, 24-25), la fe que "conresucita" (Col. 2, 12) es así una fe en el Dios que resucitó a Jesucristo para conresucitarnos a nosotros con El; o de otra manera, una fe en el Dios que quiere resucitarnos, salvarnos, reconducirnos a Sí incluyéndonos en Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado por nuestra justificación. "Uno ha muerto por todos; consiguientemente todos han muerto: y ha muerto por todos para que los que viven, no vivan ya para sí mismos sino para el que por ellos murió y resucitó... De manera que quien está en Cristo, es una nueva creatura: el orden de

¹⁷ Cfr. L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de Saint Paul*, pp. 242-243.

lo arcaico ha pasado, y he aquí que todo se ha tornado nuevo. Y todo brota de Dios que mediante Cristo nos reconcilió consigo... Porque en realidad Dios era quien estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo, no teniendo en cuenta sus delitos... A quien no conoció el pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que en El nosotros fuésemos hechos justicia de Dios" (2 Cor. 5, 14-21).

En una expresión preñada de resonancias, nuestra fe es *pistis en tô autoû áimati* (Rom. 3, 25): fe radicada en la sangre con que Dios nos reconcilió consigo al aceptarla mediante la glorificación de Cristo en la resurrección que a todos nos vivificó.

4. Conclusión.

El estudio de los términos que Pablo opone al *pisteueîn* característico del fiel —*mystérion, euangélion, alézeia, resurrección de Cristo*—, muestran que la *ypakóe tés pisteos*, que responde a la revelación divina del *mystérion*, tiene por objeto la revelación de la resurrección de Cristo.

La resurrección de Cristo en su sentido integral: operación de Dios que realiza así su plan salvífico; aceptación divina de la sangre de Cristo; manifestación espléndida de su divinidad, y brote de la vida que anima a la Iglesia bajo el influjo del Espíritu.

No que Pablo no incluya en el objeto de la fe otras verdades particulares (cfr. v. gr. 1 Cor. 3-4); sino que en su mente todo se sintetiza en el hecho decisivo: la resurrección del Señor. Ella no es una verdad más que hay que creer junto a las otras; es la verdad de la que concretamente fluyen todas las demás. Lo que creemos está siempre de alguna manera incluido en la resurrección del Señor¹⁸.

¹⁸ La teología Trinitaria de los escritos apostólicos aparece "entièrement fondée sur l'événement pascal. C'est en partant de la Résurrection, que la première génération chrétienne en vient à formuler, dans un même "credo", la croyance au Christ Jésus avec celles en Dieu et dans l'Esprit, héritées de la révélation juive. Et c'est en méditant le fait de Pâques dans ses causes autant que dans ses effets qu'elle en arrive à préciser le rôle que tient chacune des personnes divines dans l'oeuvre salvifique commune.

Il s'ensuit que sa pensée trinitaire est, par ailleurs, éminemment "christocentrique". Forme et source du salut, le Christ représente le terme auquel aboutit toute "opération" divine. Ressuscité et glorifié, il est l'oeuvre du Père. Vivant dans les fidèles, il est en quelque sorte le "fruit" de l'Esprit". J. SCHMITT, *Jésus Ressuscité dans la prédication apostolique*, p. 83; cfr. *ibid.*, pp. 62-84. También F.-X. DURWELL, *La résurrection de Jésus, mystère de salut*, pp. 382-389.

MEMORIA - IMAGINACION - HISTORIA EN LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Por MIGUEL ANGEL FIORITO, S.I. (San Miguel)

Una obra de J. B. Lotz, sencilla en su apariencia de alta divulgación, aunque profundamente metafísica —como sus otras obras más directamente filosóficas— puede inspirar ideas interesantes sobre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio; sobre todo si, al leerla, se tienen en cuenta otras obras, de estilo más científico, escritas casi sobre el mismo tema, y que alcanzan su misma profundidad.

La obra de Lotz, a que hago referencia, se titula *Méditation: Der Weg nach innen*¹. Y las otras obras, que recomendaría tener en cuenta, son sobre todo dos: *Ignatius von Loyola und das geschichtliche Werden seiner Frömmigkeit*, de Hugo Rahner², y *La Dialectique des Exercices Spirituels de saint Ignace de Loyola*, de Gaston Fessard³.

He escrito, en esta misma revista, sendos comentarios sobre estas dos obras⁴: quisiera integrarlos a ambos en un único comentario, comentando en esta ocasión la obra de Lotz. El título de este nuevo —y común— comentario, *Memoria - Imagen - Historia*, se justificaría porque Lotz inicia su estudio de la meditación, tal cual San Ignacio la enseña en los Ejercicios, por el lugar que en ella tiene

¹ Knecht, Frankfurt a/M., 1954.

² Pustet, Wien, 1947. De esta obra se han hecho traducciones: la francesa, *Saint Ignace de Loyola et la genèse des Exercices*, Apost. de la Prière, Toulouse, 1948; la castellana, *Ignacio de Loyola y su histórica formación espiritual*, Sal Terrae, Santander, 1955. Del mismo autor, tendremos en cuenta otros escritos: además de sus artículos en revistas especializadas, su última contribución en la obra colectiva, *Ignatius von Loyola: Seine geistliche Gestalt und seine Vermächtnis*, Echter Verlag, 1956. Cuando terminábamos de redactar nuestro artículo, pudimos leer el último escrito de H. Rahner sobre el tema, *Die Anwendung der Sinne*, *Zeitschr. f. Theol.*, 79 (1957), pp. 434-456: su lectura nos ha confirmado en nuestra interpretación (cfr. pp. 447, 452, 455...).

³ Aubier, París, 1956.

⁴ Acerca de H. Rahner, y la obra citada, *Ciencia y Fe*, XII-46 (1956), pp. 23-56. Y acerca de G. Fessard, *Ciencia y Fe*, XIII (1957), pp. 333-352.